Volvió en seguida al lado de su amo y le encargó la quietud.

—Obedeceré.

El herido cerró los ojos, pero fué tan sólo para volver á ver la hermosa visión hacia la cual se dirigía la carta en la cual el capitán Plesis, que tan bien comprendía á su amigo, había puesto su corazón.

XII

Confidencias.

Quince dias después el doctor Fabian Rebul, sobre las nueve de la mañana, se hallaba examinando con la solicitud de un hortelano los progresos que las semillas de primavera habían hecho en su huerta.

Al mismo tiempo dirigía una mirada cariñosa á su casita y á su pequeña posesión.

La casa poseia las gracias de una vejez sólida y robusta.

No se parecía en nada á las casitas de las afueras de París que sus dueños llaman villas.

Era muy original, tenía cierto sello de grandeza, y se veía que el propietario que la hizo construir no se preocupó de la forma, sino únicamente de la solidez.

Pocas habitaciones, pero altas y espaciosas; grandes ventanas y paredes en las cuales no se economizó el material.

Se hallaba edificado en la parte anterior de un bosquecillo formado por antiquísimos árboles, y á los lados había un jardinito y una huerta un poco más extensa.

En una palabra; era la morada del sabio, una de esas fincas fértiles que producen lo suficiente para vivir y ser feliz, si el dueño se sabe contentar con lo que tiene. Es la verdadera vida, de la cual parece que se huye hoy.

Aberracion moderna.

Las multitudes evacuan el campo, la madre que nos mantiene; huyen de los bosques, de los prados, de los montes, del aire puro y de la vida agreste, para amontonarse en calles fétidas, en cajas llenas de microbios, en fábricas que vomitan humo constantemente y en talleres mal ventilados.

Es una locura universal.

El doctor Rebul no estaba atacado, y predicaba con el ejemplo el horror que tenía á las grandes poblaciones.

Pero nosotros debemos reconocerlo.

Predicaba en el desierto, como San Juan Bautista.

Aquella mañana, el doctor Rebul gozaba paseándose por entre sus hortalizas, á las cuales, como hombre práctico, daba una importancia extraordinaria.

La noche anterior había llovido.

Un agua bienhechora se había extendido como con una regadera sobre los cuadros de guisantes, lechugas, coles de Milán, espinacas, alcachofas y patatas, cuyas azuladas flores esmaltaban el follaje de un verde oscuro.

Decia á su criado que con la azada al hombro le escoltaba:

—Saturnino, es preciso limpiar esta fresa.

—Bien, señor.

—Enterrar bien esas zanahorias.

—Ya he pensado en ello.

—Regad estas alcachofas, que no han tenido bastante agua.

—Se hará.

El doctor no cabía en sí de gozo.

Los caminos estaban llenos en sus orillas de rosales, manzanos enanos y grosella.

En el paseo principal había infinidad de frutales diversos que prometian una abundante cosecha.

El buen doctor se decia interiormente:

—¡Qué bien va esto, qué bien.

Más allá del huerto se extendian verdes praderas, que el doctor contemplaba, viendo en ellas pastar á sus ganados, pensando que habia hecho perfectamente en no abandonar aquellas tierras, donde habian vegetado su padre y su abuelo, que tampoco habian querido alejarse del suelo natal por nada en el mundo.

Su pensamiento se dirigió á su amigo Redon.

Le habia visto á su paso por Souvilly cuando habia ido á comprar sus tierras de la Sobajere, y desde entonces no habia vuelto á saber de él.

De bian volverse á ver. Era cosa convenida.

Pero Juan Redon habia desaparecido bruscamente, enviándole esta carta, de cuatro ó cinco líneas:

«Me marcho. He visto á Teresa. Puedes darla todos los datos de nuestras pesquisas relativas á su hija y hasta las cartas que te he escrito.

»Pronto te daré más detalles.

»Tu amigo,

»JUAN REDON.»

Y nada más.

¿Qué mosca le habia picado?

¿Por qué aquella marcha tan repentina?

Teresa, por su parte, no daba señales de vida, y no le habia pedido nada.

¿Qué ocurria?

El doctor se dirigía esta pregunta, cuando una niña de seis años, muy bonita, rubia, vestida con una faldita corta de color azulado, con un delantalito escocés, con la carita embadurnada de chocolate, llegó corriendo con una carta en la mano.

El padre la levantó en el aire y la miró con cariño, diciéndola:

—¿Muchacha, pero qué sucia estás? ¿No puedes comer sin ponerte así?

La pequeñuela se reía ruidosamente sin hacer el menor caso de aquel cariñoso reproche, y con su vocecita ceceó:

—Una carta...

—Ya lo veo.

Dirigió los ojos al sobre.

—¡Calla! es de Juan Redon.

Dejó á la niña en el suelo, no sin haberla dado un sonoro beso, á pesar del chocolate; se limpió los labios y volviendo á mirar el sobre, dijo:

—Viene de Nueva York.

Era corta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

«Mi querido Fabián:

»Dispénsame que no haya vuelto á Milly.

»Tuve que marcharme antes de lo que creía, enviándote tan solo unas cuantas líneas escritas á toda prisa.

»Encontré á Teresa en el momento que menos lo esperaba.

»Como habrás podido comprender, tuvimos una entrevista sobre el objeto que yo debí prever en cuanto que la casualidad nos pusiese frente á frente.

»Creo que esta entrevista ha aumentado el odio que siento por ella, igualmente que el que ella debe tenerme forzosamente.

»He tenido que decirla cuanto tú sabes sobre la pobre Raimunda.

»Como no quiero que me acuse de infame, la he autorizado para que te pida las pruebas de los esfuerzos que he hecho— ó mejor dicho, que tú has hecho—para encontrarla.

»Esas pruebas se hallan en la correspondencia que hemos cambiado.

»Puedes dársela si la has conservado.

»En todos casos, díle lo mucho que la odio á causa del daño que me ha causado; pero que deseo vivamente que sus esfuerzos para encontrar á su hija, tengan más éxito que los nuestros.

»A mi regreso aquí, tuve que ocuparme de una infinidad de asuntos, lo cual me ha impedido el escribirte antes.

»Te aseguro que he vuelto más triste que antes, y á ser posible, mucho más misántropo.

»Tu tranquila felicidad me ha dado envidia.

»Qué desgracia la mía, tropezar con una mujer tan poco á propósito para mí, cuando hubieso podido ser tan feliz con la más modesta de las jóvenes de nuestro país, con tal que hubiese sido leal, honrada y fiel.

»No sé cuando volveré á Francia.

»Encuentro allí toda clase de pesares y recuerdos dolorosos.

»Compadéceme.

»Tu amigo

»Juan Redon.»

Mientras que el doctor leia esta carta, la niña había desaparecido en dirección á la casa.

El doctor Rebul dió unos cuantos pasos por el paseo principal de su huerto, pensando:

—He aquí un hombre desolado, de excelentes condiciones, pero cuyo carácter se ha agriado, y vive desgraciado porque ha encontrado una mujer que no le ha comprendido ó que él no ha sabido entender... ¡La odia!... ¡Y esa mujer ha sido amada hasta la idolatría por dos hombres superiores, tanto el uno como el otro, que no han tenido nada que reprocharla!... ¡Rarezas de la vida!...

La niña volvió corriendo, aun muy sucia la cara, pero muy bonita, con sus ojillos negros bailándola en las órbitas, y que demostraban su clara inteligencia.

Sin dejar de saltar, dijo:

—Papá, hay una señora que pregunta por tí.

—¿Quién es?

—No lo sé; pero es muy guapa, y viene en

un coche de dos caballos, muy bonitos. ¡Oh!...

—¡Es ella!—pensaba el doctor.—¿Y tu mamá, dónde está?

—Se ha metido en su cuarto.

—¿Por qué?

—Pues... porque no estaba bien vestida.

—Bueno, y...

—Yo la he recibido con Francisca. Está esperándote en el gabinete.

—¿Francisca?

—No, la señora...

—Bueno, monina; dáte un paseo ó estate aquí con Saturnino... Vuelvo en seguida.

Era la condesa de Busey.

Mientras que el doctor llegaba, Teresa examinaba aquel salón, por donde habían pasado tantos campesinos con la esperanza de curar sus sufrimientos.

Era muy sencillo, pero desde el dintel se notaba que aquella era la casa de un hombre excelente.

¿Por qué?

Por nada; pero la impresión era irresistible. Una biblioteca llena de libros, un botiquín con los remedios más urgentes y usuales, un florero colocado en medio del salón, sobre un velador, completamente lleno de flores, y alrededor de las paredes, simétricamente colocadas, una media docena de butacas cubiertas con fundas blancas.

Y no había más.

En la chimenea, encima de un espejo, cuyo marco indicaba que no era de este siglo, un Cristo de marfil parecía indicar á los enfermos que tuviesen paciencia.

Por las ventanas, que daban al campo, la perspectiva era más alegre; las rosas de te embalsamaban el aire.

Al llegar el médico, la condesa le ofreció la mano y dijo:

—Ya comprenderéis el triste objeto que aquí me trae.

El doctor se inclinó.

—Tanto más, cuanto que acabo de recibir en este momento una carta de Juan Redon...

—¡Ah!

—Que me recuerda una autorización que me dió al marcharse.

—¿La de darme ó dejarme leer sus cartas referentes á Raimunda?

—Precisamente. Y me estrañaba que no me las hubieseis pedido ya.

Teresa declaró:

—Hubiera querido haber podido prescindir de ellas.

—¿Por qué?

Por no deber nada al señor Redon... ni servicio ni complacencias.

El doctor suspiró.

El foso cavado entre la condesa y su amigo se hacía más profundo de día en día.

Al cabo de un instante prosiguió:

—Creo que el encuentro que con vos tuvo en el estudio del señor Bochene ha debido trastornarle por completo.

—No debo ocultaros, doctor, que ha sido para mí mucho más doloroso que para él.

Fabián Rebul había ofrecido un asiento á la condesa y se había sentado á su vez cerca de ella.

Teresa prosiguió:

—Desde que el señor Redon me hizo saber la triste noticia que yo no podía prever y que va más allá de lo que mi imaginación hubiera podido temer del enemigo más encarnizado, no me he ocupado—y no necesito decíroslo—más que de esa desgraciada criatura. Sois padre, doctor, y acabo de ver una niña á la cual debéis adorar. ¡Suponed que os la arrebaten de repente y que no sepáis qué es de ella! Sufriríais seguramente de una manera horrible, sin que haya un dolor que igualársele pueda. Nuestros hijos son nuestra carne, nuestra vida... Yo creia que mi pobre Raimunda estaba en seguridad... bajo el cuidado de un hombre incapaz de cometer una cobardía, recto y leal... Sufria, como es natural, por la ausencia de mis hijas; hubiera dado cuanto poseo y parte de mi vida por haberlas tenido á mi lado, por poder velar sobre ellas á todas las horas del día... ¡Pero tenía confianza!... Juzgad de mi desesperación al saber que debo temerlo todo por mi pobre Raimunda... Estoy decidida á hacer todos los sacrificios para encontrarla, eso no lo dudaréis... Ya he hecho todas las pesquisas que mi imaginación me ha sugerido y que mis amigos me han aconsejado... Esas pesquisas no han obtenido hasta ahora ningun resultado positivo... Esta es, y os voy á ser sincera, la causa que me hace venir á veros. Puesto que vos en otro tiempo os habéis ocupado de lo mismo, podiais darme doctor datos muy útiles... ¿Qué habéis hecho?

—Señora, temo haberme equivocado y haber seguido un mal camino.

—¿Qué decís?

—En una palabra; temo haberme dirigido á personas que no merecen la confianza que se les concede generalmente. Pero me habían enaltecido tanto sus cualidades, su inteligencia, la costumbre que tenían de hacer esta clase de pesquisas, que tuve que creer cuanto me decian.

—¿Se llaman?...

—Fribur Huchar y C.ª No se me borraran sus nombres de la memoria.

La condesa hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Cómo! ¿creeréis?...—murmuró la condesa.

—No creo nada... Esta es una impresión que me ha quedado de las relaciones que con ellos he tenido... Ese Fribur el único hombre á quien se ve en aquella caverna policiaca, me parece que es un ser cínico y sin escrúpulos, del cual hay que temerlo todo... Yo por mi parte no puedo suponer que existan dificultades tan grandes, y me figuro—quizás sin razón—que esos tunantes guardan en su caja, de donde no vuelven á salir más, las cantidades que se les entregan... y que de ellas emplean la menor parte posible al objeto á que se las destina... Esa bretona no se ha debido esconder en el centro de la tierra, ¡qué demontres!

—¿Habéis cambiado correspondencia con ellos?

—Claro, les vi y les escribí... Cumplí el encargo á conciencia.

—¿Tenéis sus cartas?

—Sí... y las de Juan.

—¿Podéis dármelas?... — preguntó tímidamente la condesa.

—Claro, señora. Y lo voy á hacer con tanto más gusto, cuanto que Juan, que me habia impuesto el secreto, me ha levantado la prohibición, y que comunicándoos su correspondencia os daré la prueba de mi buena fe, de su deseo de encontrar á la niña, que una casualidad hizo perderse cuando la creia en completa seguridad. Si no se la llevó consigo, fué á causs de su juventud... Haríais mal si le supusieseis sentimientos que no ha tenido.

—La pasión nos arrastra á veces más lejos de lo que deseamos. Estaba irritado y yo le di justos motivos.

El doctor se sonrió y preguntó:

—¿Creéis acaso que os profesa un odio verdadero?

—No sólo lo creo, sino que me ha dado pruebas.

—Leed sus cartas muy despacio y os convenceréis quizás de que los sentimientos que experimenta por vos deben tener otro nombre.

Teresa se levantó.

—Hoy tan sólo debo ocuparme de la suerte de mi hija.

Y añadió con una amargura que no se tomó el trabajo de disimular:

—Lo demás no tiene ningún interés para mí... ¿Sabéis, doctor, si Juana conoce la desaparición de su hermana?

—Sí, y para ella es una causa de pesar.

—¡Se querían tanto cuando eran pequeñitas!...

Teresa bajó la cabeza y exhaló un profundo suspiro.

No pronunció una palabra, pero era fácil leer en el fondo de su pensamiento.

Se decía:

—Y Juan me las ha robado... Ha causado su desgracia y la mia.

Sus sentimientos eran de la misma naturaleza.

El no ocultaba el odio que la profesaba.

Ella no pronunciaba su nombre más que con una aversión mezclada de altanería, que demostraba sus resentimientos.

El doctor Rebul entregó un paquete de cartas á la señora de Busey.

—Os las entrego, pero á condición de que me las devolváis tan pronto como os hayáis enterado de su contenido.

—Os lo prometo... Quizás las tengáis esta misma tarde en vuestro poder.

—¡Oh, no corre tanta prisa!

—Me vuelvo á París; mi viaje á Busey no tenía más objeto que el de veros... Allí me parece que estoy más cerca de ella, doctor. Me preocupa sin cesar... Trato de estimular el celo de los unos y de interesar á los otros en el éxito de mis deseos. No sé lo que daría por oir decir: «Hemos triunfado.. ¡Aquí está!» Os lo aseguro; sacrificaría diez años de mi vida; ¡mi vida entera!... Debería temerlo todo, y sin embargo tengo fe... Quiero tener esperanza, doctor, y la tengo...

—¡Que Dios os oiga, señora!

—Adiós, caballero, y muchas gracias.

El doctor acompañó á la condesa hasta el coche, cuyos hermosos caballos habían excitado el entusiasmo de la pequeñuela.

Pronto desaparecieron.

De Milly á Busey hay unos veinticinco kilómetros de camino bastante accidentado.

En el trayecto, Teresa leyó y releyó las cartas que Juan Redon había dirigido á su amigo Rebul.

Al leer la primera, como en todas las demás, un nombre llamó su atención.

Fué el del vizconde de Breville, que Juan Redon había encontrado á bordo del trasatlántico que le llevaba á Nueva York con su hija.

Aquel vizconde de Breville debía ser un vecino inmediato de la calle de la Faisanderie.

El hotel de Busey y el de Breville se tocaban.

El vizconde, después de su encuentro con Juan Redon, había heredado de un pariente lejano, cuya herencia no esperaba; era muy rico.

Una mañana se había despertado siendo tres veces millonario, lo cual le había permitido sin el menor inconveniente, hacer un matrimonio de amor, casándose con la hija de un general, que no tenía más que su pensión para vivir, pues los pocos bienes que tenía se había visto obligado á venderlos poco á poco para poder ocupar lo que se ha dado en llamar su rango.

Ahora, bien, la vizcondesa de Breville, Magdalena de Brancher, era como Teresa, una antigua alumna de Saint-Denis, uno ó dos años más joven que ella.

Se habían querido bastante en aquella época.

Teresa se dijo:

—La veré.

Allí, por lo menos, podría oir hablar de su hija, puesto que no podia verla.

Era imposible que Juan Redon en su viaje á París, ó en su correspondencia, no sostuviese algunas relaciones con el vizconde de Breville, al cual en realidad debía su fortuna.

Cuando la condesa llegó á Busey, serían próximamente las doce, y hubiera podido recitar, palabra por palabra, todas las cartas de Juan Redon.

Pero no queria acordarse más que de cuanto á sus hijas se referia.

No sentia por él más que desprecio y aversión.

O por lo menos, indiferencia.

Sufria demasiado por su terrible venganza.

Además, ¿á ella qué la importaba el odio ó el amor de aquel hombre?

Esta era, en verdad, la cuestión.

No se ocupaba más que de sus hijas, Juana y Raimunda.

De Raimunda, sobre todo.

La otra estaba en seguridad; era, sin duda, rica, feliz; no pensaba en su madre, á la cual creia muerta desde hacia mucho tiempo, y habria olvidado probablemente á su hermana.

Comprendia perfectamente el encadenamiento de fatalidades que habian arrastrado la desaparición de Raimunda.

Aquella misma tarde, como lo habia prometido, envió las cartas al doctor Rebul, dándole al mismo tiempo las gracias.

Habia copiado algunos párrafos, y con gran

cuidado los que terminaban la primera carta de su marido:

«Juana no habla nunca de su madre, pero piensa siempre en ella.

»La cree muerta, y por las noches la oigo pronunciar su nombre muy bajito.

»Reza por ella.

»Pobrecita.»

Al siguiente dia tomó el tren de París.

Cuando llegó á su casa encontró una carta del marqués de Bordes.

«No se habia sabido aún nada, pero no habia que perder el valor.

»Estábase al principio de las pesquisas.

»Se ocupaban activamente del asunto.

»No se perdonaria medio.»

En una palabra; los Fribur renovaban su táctica ordinaria.

Daban á sus clientes vagas esperanzas, esperando el día en que después de haber hecho toda clase de imaginarios esfuerzos para lograr el objeto, confesasen su impotencia.

Asustada por las palabras del doctor, y más que nada, por sus sospechas, la desgraciada madre cayó de rodillas, murmurando:

—¡Dios mio, ayudadme!... ¿Qué hacer?... !Inspiradme!

Al levantarse se encontró enfrente del retrato del señor de Busey.

La miraba con sus ojos llenos de dulzura y de firmeza, de razón y de inteligencia:

Muy exaltada, murmuró:

—¿Por qué no estais á mi lado para defenderme y aconsejarme?

Se decia que á su lado no hubiera tenido nada que temer; que hubiera allanado cuantas dificultades hubiesen podido presentarse.

Aquel era el único, el verdadero dueño de su corazón y todo su ser.

En quince años que la habia poseido la habia cambiado, la habia transformado á su imagen.

Hasta en la tumba le pertenecía, y creia que entregarse á otro hubiese sido una profanación, una ingratitud y una bajeza.

Le pertenecía para siempre, y puesto que habia muerto, no pertenecería á nadie... nunca.

XIII

En la patria.

El mismo día en que Teresa se hacia esta promesa en la locura de su dolor, y también, preciso es decirlo, bajo la influencia del amor profundo que el conde de Busey habia sabido inspirarla, he aquí lo que ocurria á bastantes cientos de leguas de Francia.

Desde que Juan Redon habia vuelto á América, su humor, ya sombrío y taciturno anteriormente, se habia vuelto más adusto aún.

Hubiérase podido creer que habia llevado de su viaje causas nuevas de misantropía y de tristeza.

En efecto; si su compañero el barón Panel y su hija hubiesen podido leer en el fondo de